

ron verdades privadas de esos señores, sino esos señores: privados y favoritos de unas verdades generales, nacionales, sociales. Las masas les siguieron porque se seguían a sí mismas. ¿Y cómo van a seguir a Ortega—un privado que se rebela contra las masas? Un privado del sentido de las masas?

Ni masas, ni juventud.

A los grandes capitanes les siguieron las masas, y la mejor de todas las masas: la juvenil.

Porque los grandes capitanes, los grandes cuajadores de partidos gigantes—tuvieron siempre las dos supremas piedras o comprensiones: la piedad del pueblo (de lo irredento) y el amor de la vehemencia y de la rebeldía: la juventud.

¿Posee Ortega esas dos supremas virtudes de creador de pueblos? ¿Es España—la España ancha, parca, rural, intrahistórica y eterna—esa España de señores y señorías de clase media madrileña, snob e intelectual que escuchó su racconto de la Opera?

¿Es juventud esa juventud pulida, domesticada y enhefura, que tiene el terror de lo único que caracteriza a la juventud: el ansia de romperse la cabeza, no con los libros (para eso bastan unas docenas en toda República humana), sino con el fusil y la pistola? ¿El ansia de pelea, de rebeldía, de escándalo, de libertad creadora y de irrespetuosidad magnífica de la vida? ¿El ansia de alcanzar la constelación de Hércules?

No se nos diga que los muchachos de Jaca informaron esa juventud enhefura. Los que nos batimos por otro régimen—por un régimen juvenil de aventuras y entusiasmos—esos... o están hoy en el comunismo—o en un nacionalismo sincero y puro o—los menos—están captados por un enhefura cualquiera. Castros para seguir actuando en joven. Juventud es rebeldía y, ¡ay del que intenta castigar la rebeldía para vencer!

Nada de "amigos del pueblo".

Y digo los que nos batimos, porque yo no estuve en Jaca, pero estuve el 21 en Marruecos y el 23 en la cárcel y en la emigración. Y desde el año 24 al 14 de abril de 1931, estuve en mi brecha, en la literaria—peleando contra todo lo viejo y careamal y chantagista de España. Y desde el 14 de abril aquí sigo, en mi trincheras, solo, desesperadamente solo, pero con más ansias de rebeldía que nunca, sin aceptar el soborno, con mi grito en la garganta, intransigente y vehemente, con toda la juventud de mi alma, acumulada como una bomba, pronta a estallar contra todo enemigo de nuestro pueblo. Porque no hay peores enemigos del pueblo que esos llamados "sus amigos". ¡Amigos del pueblo! ¡Jesuitismo dieciochesco! ¡Traición burguesa! ¡Esearnio e impiedad del pobre pueblo humilde que todo lo acepta, y en todo cree! ¡Y hasta se vanagloria cuando la esclavitud se la presentan en forma de libertad!

Liberación y no libertad.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Como si el pueblo soñase en la libertad! El pueblo ante todo, no sueña. El pueblo ansía. Y lo que el pueblo ansía no es libertad suave y amable, sino liberación. Liberación violenta y genial. En el vino y en la sangre. En una borrachera cualquiera, que por el solo hecho de ser borrachera pasa a ser divina. Pues lo único que al pueblo no puede dejarse es a la intemperie. Con su yo en la mano, con sus tripas en la mano, con sus capitales en la mano, con su trabajo en la mano. Con la angustia antipopular y criminal de tener que preferir, de sentirse robinsonico, solitario, autodeterminante e individual. Porque entonces deja de ser pueblo. Y pasa a ser caos. O lo que es

peor: pedante infinito y trascendente. ¡Qué horrible pedante me sentiría yo hoy—un robinson—si no supiese que por mi voz indigna hablan tantas voces robinsonicas que callan!

¿Dónde está, Ortega—mi gran Ortega, mi admirable y querido maestro Ortega—esa gran faena a que nos invita a nosotros, al pueblo de España? Porque yo soy también pueblo, y humilde y trabajador en la faena; porque yo soy de los que esperan con el resto de mis paisanos, y con toda mi alma, entrar a laborar en una faena cuanto más grande mejor; porque yo soy también castizo operario parado y desesperado?

Esa faena no puede ser ésta que llaman de la Cultura. La faena de la Cultura es una faena adjetiva, pero no sustantiva en un pueblo. Sobre todo en un pueblo como el español que nunca necesitamos de la Cultura. ¡Humana y noble barbaridad la nuestra!

La faena sustantiva todos sabemos que no es la de la Cultura—mito horrendo que quiere forzada y subrepticamente sustituir en nuestros pueblos dogmáticos, mesianistas y antitabajadores, al viejo mito de nuestro Dios, de nuestro Dios popular de las conquistas y de las jurisdicciones nacionales. Horrendo mito humanitarista y vitalista ése de la Cultura que quiere aplastar a nuestro credo tradicional y eterno de que vivir es sobre todo morir, vivir es salvarse en la muerte, vivir no es leer sobre la vida, sino saber sobre la muerte. Que esa fué nuestra única alegría en la historia, cuando tuvimos historia, la alegría de saber que moríamos por algo y para algo.

¡Organícense nuestros humores nacionales!

Nuestra única alegría: ésa tan triste de dar paso a la vida por la muerte. A la fatiga por la gloria.

Porque nosotros, España, no somos "alegres". No necesitamos que nos organicen nuestra alegría. Nosotros nos divertimos y bailamos solos.

Eso de la "alegría organizada" está bien para las kermeses. Para los pueblos protestantes, nórdicos y sensuales. Para los pueblos de Lutero, Calvino y Compañía.

Nuestro pueblo tiene su alegría organizada desde muchos siglos. La canta en su guitarra pensando en cuando tiene que morir. La canta en su paisaje desértico y desolado—pero con un cielo puro encima, inefablemente alegre y sereno. La canta en sus ciudades muertas donde vive una vida humana, noble y posada, como la del cielo azul y radiante que la cubre.

Para salirse por alegrías y pelenaras ya se salió bastante nuestro flamenco Primo. ¡Organizar nuestra alegría! ¡La Española del panderero!

De organizarnos algo, que nos organicen lo nuestro, nuestros auténticos humores nacionales. Que se nos organicen nuestra melancolía racial, nuestra rabia genial, nuestra desesperación humorista, y esperanzada. ¡Pero nuestra alegría, nuestro savoir vivre! Eso queda para los aleales de París, esos del frae y del moñete rubieundo, esos que sin duda constituyen el ideal de tantos de nuestros repúblicas, tanto más alegres cuanto más tristes vamos estando nosotros, los de la triste y espaciosa España de Fray Luis y de Unamuno. Nosotros, la España que canta en la pena, y que pena en el cantar. Nosotros, la España de los siglos, y por los siglos. Y por siempre ¡España!

¡Basta de Sociedades anónimas!

Nosotros, la España que hemos tirado la Monarquía en cuanto dejó de ser toral espiritual y se hizo valor financiero y mercantil, sociedad de socorros mutuos, sociedad anónima. Nosotros, la España que tiraremos esta República como siga por el camino cada vez más eviden-

te de la sociedad anónima y del socorro mutuo.

Porque con más cinismo que la Monarquía va siguiendo esta República ese mismo camino de "todo el país para una casa".

Todavía la Monarquía española apoyaba sus acciones en portadores de abolengo espiritual y nacional: Aristocracia, Iglesia, Milicia. Que estos portadores se hiciesen mercahifles, cobardes y canallas, eso es otra cosa.

Pero lo que no es to tolerable es que el mercahifle retorne en forma de casta mercachifle. Con su inquisición secreta, con su consejo anónimo. Con sus acciones a portadores anónimos que todo el mundo va conociendo.

La República debe ser de todos, de nosotros, de los españoles. No somos nosotros los que nos tenemos que acercar. Si nos acercásemos caeríamos en el enclufismo y la codicia. El deber de un régimen que se llama nacional es salvar los valores nacionales por encima de toda casta y de todo Consejo de Administración.

Lo contrario es exponer ese régimen a la asfixia, al clamor de las injusticias y al asco radical de un pueblo estafado.

—Y tiene usted esperanzas de colocarse en algo?

—La señorita Concepción Albornoz me ha prometido ayudarme... ¡Ah! Si publica usted más versos póngales esta dedicatoria: "A doña Concepción Albornoz de Segovia que, dulce y generosa hada, me pone bajo su protección. Respectuosamente."

Despedí a nuestro nuevo pastor poeta Y le prometí que hablaría de él. Comprendi su angustia, su ansia, su sueño. Simpático pastoreito caído en esta Navidad, por este nacimiento madrileño.

A los pocos días tuve una carta suya, que transcribo. Carta desesperada y reveladora.

—¿Amigos literarios?

—Casi ninguno. Gijé, que usted conoce en Orihuela.

—¿Qué ha escrito usted?

—Mire; estos versos, tómelos.

—Están manuscritos y son muchos, no quiero dejarle sin ellos.

—No importa, tengo copia. Lea a ver qué le parecen.

—Buena, leeré estrofas significativas.

En cuchillas ordeño—una cabrita y un sueño. (Me gusta.) Yo me enjoro la mañana—caminando por las hierbas. (Me gusta.) En la tarde hay luna nueva—que esta luna nueva llueva. (Me gusta.)

(Salpicó la mirada por todas las hojas sueltas de su cuadernillo. Es un auténtico pastor. Sabe a la hora que cantan los pájaros y duermen las ovejas, y suspiran las pastoras y salen los luceros y reluce la escaresa.)

—Pero, hombre—le increpo—, ¿qué hace usted en Madrid vestido de gabán, tan señorito?

—Ya ve, quiero trabajar, colocarme en algo, sea como sea. Me vine con mis ahorritos, aquello es muy estrecho, la Oleza de Miró...

—¿Y tiene usted esperanzas de colocarse en algo?

—La señorita Concepción Albornoz me ha prometido ayudarme... ¡Ah! Si publica usted más versos póngales esta dedicatoria: "A doña Concepción Albornoz de Segovia que, dulce y generosa hada, me pone bajo su protección. Respectuosamente."

Despedí a nuestro nuevo pastor poeta Y le prometí que hablaría de él. Comprendi su angustia, su ansia, su sueño. Simpático pastoreito caído en esta Navidad, por este nacimiento madrileño.

A los pocos días tuve una carta suya, que transcribo. Carta desesperada y reveladora.

Madrid, 19 de diciembre de 1931.

Al señor don Ernesto Góngora Caldeiro, Miguel Hernández.

Admirable, admirado Robinson:

Comprendiendo que no puede usted desperdiciar un átomo de tiempo, no he querido visitarle otra vez. Lo que había de decirle se lo escribo para que lo lea cuando quiera. Además que, dada mi maldita timidez, no le hubiese dicho nada en su presencia. Ya sé que he hecho hasta hace unos días desde mi finca, yendo con cabras u ovejas, y no tratando más que con ellas, no podía hacer de mí, ya de natural rudo y tímido, un muchacho audaz, desenvuelto y fino o educado. Le escribo, pues, lo que había de decirle, que es esto:

Las pocas pesetas que traje conmigo a Madrid se agotan. Mis padres son pobres y, haciendo un gran esfuerzo, me han enviado unas pocas más para que pueda pasar todo lo que queda de mes. He pedido también a mis amigos de "Oleza", que pueden bien poco, algo. Me lo han prometido... Lo que yo quisiera es trabajar en lo que fuera con tal de tener el sustento.

La señora Albornoz no puede hacer por mí nada, aunque lo desea vehementemente. La visité ayer y la saludé en su nombre. Dice que verá si sale algo... Yo no puedo aguardar mucho tiempo. Si usted no me hace el gran favor de hallar una plaza de lo que sea donde pueda ganar el pan, aunque sea un pan escaso, con tristeza tendré que volverme a "Oleza", a esa "Oleza" que amo con toda mi alma pero que asustaría ver de la forma que, si no se interesa usted por que me quede, tendré que ver.

Haga lo posible por que no sea y cuente con mi agradecimiento.—Miguel Hernández.

Queridos camaradas literarios: ¿no tenéis unas ovejas que guardar? Gobier-

Un nuevo poeta pastor

Una de estas mañanas me llamó al teléfono Concha Albornoz, la hija de nuestro ministro de Justicia:

—Giménez Caballero, aquí tengo un pastor poeta, se lo mando a usted.

—Mándemelo Concha, tendré mucho gusto en recibirlo.

Llegó a mi casa el pastor poeta. Me fijé en su cara y en sus manos.

Su cara, muy ancha y cigomática, elata-



El nuevo poeta pastor de Orihuela.

ra, serena y violenta, de ojos extraordinariamente abiertos, como enredilando un ganado ideal.

Las manos fuertes, camperas y timidas.

Le sometí a un interrogatorio de Juzgado municipal.

—¿Cómo se llama usted?

—Miguel Hernández.

—¿De qué pueblo?

—Orihuela.

—¿Oficio?

—Guardador de cabras.

—¿Cómo se aficionó a leer y escribir?

—Pues ya ve, cogiendo todos los papeles que encontraba, yendo a la biblioteca del pueblo.

—¿Sus autores preferidos?

—Góngora, Lorea y Gabriel Miró.

no de intelectuales: ¿no tenéis algún intelectual que esté como una cabra para que lo pastoree este muchacho?

—¿Quién ayuda al nuevo pastor poeta? ¿Qué ganado se le confía?

—¡A ver! ¡Entre todos! ¡Un enhefura para este campesino! ¡Un destintejo para este montaraz! ¡A ver esa Casa de los Poetas!

—No dejéis al muchacho volverse llorando y arruinado a su redil lugareño! ¡Hacedle aunque sea ferroviario! ¡A ver, a ver! ¡Vosotros, los literatos influyentes y mangoneadores! ¡Un premeicio nacional para este pastor! ¡Para este poeta parado!

Querido Miguel Hernández: Si después de estas voces no me oye nadie más que usted, sepa por lo menos que mi buena voluntad se ha cumplido.



Muerte y resurrección del Cineclub

I.—El adiós fatal.

Muchos señores abonados del Cineclub han sido tan leales y afectuosos que se han interesado constantemente durante este tiempo por la salud del Cineclub.

A todos aquellos que se interesaron directamente por nuestro Cineclub Español—y a todos aquellos que indirectamente por él se preocuparon—debo darles las gracias emocionado, y ofrecerles un puesto junto a mi dolor para celebrar un poco el cadáver.

Nuestro Cineclub Español—queridos amigos míos—murió atropellado en esas calles de la ciudad. Excusad si os hablo entrecortadamente, contentiendo mi pena.

Vosotros sabéis lo que para mí fué el Cineclub. Fue un hijo, uno de esos hijos espirituales que se agraran más a las niñas que los mismos hijos de la carne.

Por él yo sufrí todo el escándalo, la angustia, la incertidumbre económica, los desvelos, todo lo que por un hijo exhibente, extraño y delicado se sufre.

Vosotros sabéis qué cosa fué el Cineclub. Pues gracias a vosotros—queridos amigos y protectores—pudo el Cineclub desarrollarse, crecer, extenderse por la península, por América e incluso por Europa.

Tres años verdaderos de vida. El Cineclub fué aquel desfile de films de vanguardia, todos los que por un hijo exhibente, extraño y delicado se sufre.

Los años verdaderos de vida. El Cineclub fué aquel desfile de films de vanguardia, todos los que por un hijo exhibente, extraño y delicado se sufre. Mi corazón estaba en un hilo. Me lo comunicaron, casi de repente, un día. El Cineclub Español yacía en el depósito. Sin dinero alguno. Pero con todos sus papeles de identificación en regla. Queridos amigos, queridos protectores del Cineclub: a vosotros, que os preocupásteis por su vida y por su suerte: a vosotros que me estrecháis ahora la mano en esta cámara ardiente—infinitas gracias, junto a su cadáver. Como fué bueno y justo, quien sabe si su alma alcanzará la gloria. Unid vuestra oración, a la mía.

II.—Dos cartas que estaban en el expediente de autos.

1) Carta a Ricardo Urgoiti.—El domingo 20 de diciembre, mi querido amigo y compañero Ricardo Urgoiti, dió principio a las sesiones de Cineclub (4.ª temporada) en el Palacio de la Prensa, inolvidable y amado local del Cineclub—bajo el título de Estudio Proa-Filmófono. Tuvo la gentileza de invitarme a presentar esta 4.ª temporada, avisándome veinticuatro horas antes de la sesión. Yo me apresuré a portarle personalmente a su casa la siguiente carta:

Querido Ricardo: Frente a tu amabilidad de invitarme a presentar la 4.ª temporada de Cineclub está mi imposibilidad de aceptar esa invitación. Está mi sentido de lo moral, que la Repú-

blica ha agudizado vivamente. Unico bien espiritual que debo hasta ahora al nuevo régimen. Ya que bienes materiales no le debo todavía alguno, como tampoco se los debí al viejo estado monárquico.

Cuando este otoño fui a ofrecerle mi esfuerzo de tres años de cine, en espíritu de estricta amistad colaboradora que siempre me caracterizó en las relaciones contigo—me dijiste netamente que las sesiones de Estudio habían pasado ya al dominio público y que no te interesaba meterle en tales inútiles preocupaciones. Ahora veo que has cambiado de opinión, puesto que las organizas sin mí, por cuenta tuya. Ello me hace comprender muchas cosas. Lo que no acierto a comprender es que quieras inaugurar tales preocupaciones conmigo a la coronilla. El papel de bailarín del circo me gusta hacerlo cuando ello redunde en beneficio de una idea superior, pues no temo el ridículo, como te ha costado más de una vez. Pero el que me señale la gente con el dedo, diciendo: "ése ha bailado tres años por nada y ahora baila diez minutos por una propina"—eso no entra dentro de mi abnegación. Ni aun cuando me lo pida un amigo tan leal y amable como tú. Al decirte esto no creas que hablo por mi pluma género alguno de rencor ni de pasión mezquina. Habla el honrado dolor de un alma desinteresada que se ha ido sintiendo amablemente expelida de esos grupos sociales a quienes ofendí su mejor juventud y entusiasmo. Con el mismo estilo suave me expulsaron de El Sol prerrepblicano. Me cerraron las puertas de revistas, editoriales, sociedades, partidos políticos, ministerios: me clausuraron toda área posible de expansión. No olvidéis que una de las últimas veces que me encontraste fué solitario en mi barca del estanque del Retiro, en las mañanas de este agosto.

Tu invitación ahora a sacarme de la barca me parecería digna y admirable si no temiese el empujón al saltar, si no temiese el ahogarme del todo en medio de las piadosas risas. Yo hubiera querido hacerte la presentación de tus films, de tus sesiones, de cuanto quisieras. Tus indicaciones—como las de tu padre—fueron para mí siempre honrosos mandatos que acatar.

Pero las circunstancias de hoy sólo me dictan estas tristes líneas que seguramente no querrás leer ante el público de la 4.ª temporada.

Siempre fué buen amigo tuyo, E. Giménez Caballero.

III.—Resurrección y alegría.

Todo el que haya tenido el interés de leerse esta verdadera historia de la vida, muerte y milagros del Cineclub y de sus derivaciones educativas—creerá que yo—su padre—loco de dolor no tiene más que resentimientos contra las causas inmediatas de esa muerte.

Pero se equivocaría quien así creyere. Y me ofendería gravísimamente. Sobre el dolor de hombre terreno y material, está la alegría serena, esperanzada, noble y fuerte del hombre ideal. Está la superioridad de lo que es espíritu.

Pido perdón a todos—y especialmente a mis amigos Urgoiti y Bolívar—por mi abandono sentimental y mezquino. Mi alma está ya limpia de toda herida. Créanlo.

Si el Cineclub ha muerto—el Cineclub ha resucitado en los Estudios de Proa-Filmófono. Yo incito a todos los socios y amigos del Cineclub a llenar calorosamente esas nuevas sesiones resucitadas. Valga mi verdad, como su mejor propaganda. Si el Comité de Cine educativo ha muerto, también ha resucitado en las Misiones Pedagógicas del Ministerio de Instrucción Pública, cuyo secretario es el alma de oro de mi querido, admirado y entrañable amigo Santullano. (A

ral, yo se los puse conmovidamente a su disposición.

Cuando tras mil esfuerzos se cuajó el Comité de Cine educativo bajo el impulso de Guad-el-Jelú, me faltó tiempo para llamarle. Y usted acudió con toda su presencia. Y en representación de la Real Sociedad de Historia Natural: dispuesto a colaborar. Pronto comencé a notar que la Real Sociedad de Historia Natural deseaba algo más que colaborar, y que dar cine científico a sus socios. Comencé a observar una sorda lucha entre nuestra organización central y la rama de cine científico que usted acudía.

Por un momento pensé en la contienda. No por personalismos, sino por una idea superior, integradora y superadora de todo partidismo.

Como detesto las traiciones, renuncié a toda contienda y a toda intriga. A usted le consta—que—advenida la República no he dado un solo paso por reunir a nuestro Comité, por urdir nada contra esa recentralización que usted ensaya del cine educativo en el Ministerio de Instrucción Pública, auxiliado por nuestros amigos y compañeros de Comité, Baróns, Luzuriaga, Rioja y Santullano. Con la Monarquía—hubo de intrigar. ¡Era tan delicada la lucha! Pero con la República, ¡con nuestros amigos!... ¡cómo iba uno a sospechar que no eran amigos nuestros, amigos de siempre? ¡Es que me tomaron ustedes por monárquico! A usted le consta que el título de Real Sociedad sólo lo ha disfrutado en todos los sentidos, la de Historia Natural. Pero nada de lo que atañe a nuestro educativo cine. Nuestro Comité no era real, sino ideal. Lo ideal es lo que siempre muere.

¿Qué le he hecho yo, amigo Bolívar, para esta exclusión, para este escamoteo tristemente inexplicable de mi esfuerzo, de mi historia intelectual y moral, de mi persona? De mi hoja de servicios a la cultura española y al Cine de España? No le pido que me lo explique. Sólo deseo con esta carta que las situaciones, las personas y las cosas, queden netas, diáfanas.

Sigue siendo—¡por qué no!—leal amigo suyo, E. Giménez Caballero.

2) Carta a Cándido Bolívar.—También existe otra carta dirigida a mi querido amigo y compañero Cándido Bolívar. Esta carta estaba sin enviar. Pero ahora queda expedida desde aquí.

Querido Cándido Bolívar: Hace mucho tiempo que deseaba preguntarle, claramente, mirándole a los ojos, con la decisión viril que se preguntan estas cosas: sobre qué habré yo podido ofrecerle para que usted haya operado conmigo de la manera sutil e implacable que lo ha hecho. Sobre sus propósitos en deshacer nuestra colaboración en lo que atañe a cine educativo y científico en España.

Cuando usted y el amigo Olayo me solicitaron films para la Real Sociedad de Historia Natu-